

¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza?

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.

¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

De "Ajedrez", de Jorge Luis Borges

¿Hay un dios detrás de Dios que decide las guerras? ¿Hay un dios detrás de Dios que decide las invasiones, los genocidios?

Dos mujeres caminan por Toledo. Van cogidas del brazo hablando y mirándose entre sí. Una de ellas tiene unos 60 años, el pelo castaño, los ojos claros. La otra es joven, de unos 35 años, morena, de ojos negros.

El día es luminoso y la ciudad acoge hambrienta los rayos del sol primaveral; las lluvias este año han sido generosas y todo ha reverdecido. Los vecinos se derraman por las calles para ir a sus asuntos con actitud alegre y cordial. Se paran para hablar con alguien conocido sintiéndose liberados del invierno.

Pero ellas dos caminan con tristeza. La mayor acerca su cara a la de la joven para darle un beso a la vez que la abraza. Las lágrimas corren por el rostro de la joven, que esconde su cabeza en el pecho de la otra.

Vamos, hay que ser fuerte. Ya verás cómo en este centro te sentirás, no digo feliz, eso es imposible aún, pero sí arropada y protegida por las demás mujeres que llevan ya un tiempo aquí, dice la mayor. Llevas sólo cuatro semanas y no te has adaptado aún, pero mejorarás como yo lo hice. Tener las manos ocupadas relaja la mente, coser y meter las manos en el barro es la mejor terapia para la serenidad que se necesita para sobrevivir.

Todo esto lo dice Olena, la mayor, en un lenguaje mezcla de ucraniano, hebreo y árabe, y Yamila, que no sabe ni ucraniano ni hebreo, la entiende perfectamente porque las palabras no son necesarias cuando el afecto se siente a flor de piel, cuando las emociones hablan por sí mismas. Cómo le agradece a Olena que se haya autoproclamado su "tutora" desde que llegó al centro. Ella la ha ayudado y la seguirá ayudando hasta que la vea suficientemente fuerte como para navegar por su cuenta y ayudar a su vez a otras mujeres.

Llegan al taller del centro cuando están abriendo las puertas y van entrando con mujeres que charlan entre ellas dispuestas a comenzar la jornada en sus respectivas funciones.

Yamila saluda respetuosamente y se prepara para la tarea. Viste prendas muy sencillas, siempre fue pobre, pero también siempre tuvo una túnica para los días especiales, con bordados hechos por ella, sobre todo con dibujos de cipreses y pájaros, que son sus preferidos, todo ello ahora perdido bajo los escombros. La amira que usa para la cabeza y los hombros también es muy sencilla, pero ahora se propone confeccionar, con los materiales que le proporcionan, una más vistosa.

La dirección del centro va a organizar una exposición etnográfica de los bordados palestinos y otras artesanías, como reconocimiento de un legado cultural que no se puede perder, y también como símbolo de resistencia.

Olena está animada con la idea y le cuenta que el año pasado hicieron lo mismo con la artesanía de Ucrania. Ella encuentra en esta actividad con sus compañeras el consuelo que necesita para seguir adelante en la vida. Hay un proyecto para dejar permanentes las exposiciones mediante la organización de un museo dedicado a las víctimas de guerras y genocidios.

La mujer gazatí necesita, desea volcarse en el trabajo, pero revive continuamente el horror. Las bombas que cayeron en su barrio destruyeron 20 casas y los huertos de alrededor, mientras ella estaba en el hospital ayudando a las enfermeras en la atención sanitaria a víctimas de otras localidades y barrios. En aquel momento su marido se encontraba con el hijo mayor podando los naranjos y los limoneros. Este año las flores de azahar habían sido más radiantes y olorosas que nunca y habían dado unos frutos tremendos. Pero, qué martirio recordar la delicadeza de esos aromas y la alegría de sus hijas pequeñas cogiendo las flores que se encontraban caídas por el suelo; se hacían collares y coronas y no paraban de reír y reír...La abuela estaba al cuidado de ellas ese día para que ella pudiera ayudar en el hospital. Cayeron todos bajo las bombas, y las familias de sus tíos y de sus tías y las de sus amigas... Cómo volver a levantarse por las mañanas con el cuerpo paralizado por el dolor y la mente reviviendo continuamente la escena de cuando volvió a casa corriendo desde el hospital y se encontró a su familia deshecha entre escombros y árboles destrozados.

¿Cuánto hay que odiar para semejante destrucción? Claro, que los que odian realmente son los que tienen el poder y envían a otros a matar. ¿Qué sentirán los pilotos cuando tiran las bombas? Quizá no piensen ni tampoco sientan porque no ven cara a cara a las personas que van a caer; cuando se mira a alguien a la cara es muy

difícil matarle por delegación. Pero en la actualidad ya no es necesario mirar a la víctima. Se tiran bombas desde un avión pilotado que solo ve hormiguitas en el suelo o, mejor, se tiran las bombas con drones, así nadie tiene que sentirse culpable de nada y volver vomitando a su casa. Las de ahora son matanzas con los sentimientos anestesiados.

Cuando una ONG le propuso evacuarla con los demás sobrevivientes para llevarla a otro país se negó rotundamente durante días, ¿cómo iba dejar a los suyos en la tierra, en la que ella debía reencontrarse con ellos? Pero, al fin, después de dos semanas de negarse a comer, alimentándose nada más que de unas pocas naranjas y agua, estaba tan débil que la recogieron del campo de refugiados y la condujeron sin esfuerzo al aeropuerto, como se lleva a una niña de la mano con su osito de trapo en brazos.

Olena la arropa. Le cuenta su vida y sus vivencias de la guerra. Sus antepasados, judíos asquenazíes, vivían en Ucrania cuando los nazis procedieron al exterminio. Algunos de los supervivientes, como su familia, se fueron a Israel en 1960 y ella nació allí, pero sus padres no encontraban la paz en aquel territorio, aquello era una guerra permanente, así que se volvieron a Ucrania cuando la guerra de Yom Kipur. Su marido había muerto de un cáncer hacía 10 años, y después, en la guerra con Rusia, habían reclutado a sus mellizos de 30 años. Cayeron muy pronto, a los cuatro meses de empezar la invasión. Su primer impulso fue suicidarse.

Se miran con cariño, cada una con su credo, pero sintiéndose cercanas como no se pueden sentir más que las víctimas del odio.

Yamila saca fuerzas para centrarse en su trabajo y echa una mirada de cariño a su alrededor. Hay mujeres congoleesas y sudanesas, que han perdido también a su familia, que son víctimas de masacres y violaciones, hasta terminar en este centro de acogida donde el ambiente es muy cálido, donde se sienten seguras y tratadas como personas. Ellas hacen sobre todo alfarería y cerámica: cántaros, cazuelas, barreños, todo precioso para el gusto de Yamila, pero a ella le gustan todavía más las figuras de madera pulida; le han regalado una, de unos 15 cm, de una madre alzando a su bebé, jugando con él. La tiene colocada al lado de su cama y todos los días le reza, porque rezar a la figura de una madre, piensa ella, es como rezar para que vuelva la concordia, para que la humanidad no se deje llevar por el odio y la codicia de los poderosos.

Llega un momento en el taller en que todas están enfrascadas en su artesanía, aliviando en parte sus sufrimientos. Ponen música de sus respectivos países para acompañar el trabajo, un bálsamo para tanta herida.

Porque NO HAY DOLOR TAN GRANDE COMO PERDER A UN HIJO O UNA HIJA. ¿Y qué dios querría eso?

La Historia le enseña a Yamila que para matar y morir no hace falta encomendarse a ningún dios. Cuando un pueblo se enfrenta a otro, cada uno con su dios, ambos piden al suyo que les dé la victoria, pero finalmente sólo puede ganar uno. ¿Qué ha pasado con el dios de los vencidos? ¿No le han rezado lo suficiente? ¿Qué dios puede ser tan cruel como para dejar que se cometan exterminios?

Y para ser felices, o menos desgraciados, tampoco necesitamos a los dioses sino a los seres humanos, a los que viven cerca, o lejos, y a los que vienen de lejos y se convierten en amigos.

Estas reflexiones se hace Yamila cuando se encamina a la mezquita Attauba para la oración de la tarde del viernes. Hay una sala aparte para las mujeres que quieran acudir al templo voluntariamente; se encuentra con mujeres que ya vivían en Toledo, que no han conocido la guerra y se encuentran horrorizadas por las noticias diarias y por lo que les cuenta ella.

Olena, por su parte, reflexiona acerca de sus emociones, siente que se va recuperando y transformando su antigua forma de vivir centrada en sí misma y su familia. Se siente útil y esa sensación es lo mejor que podía haber experimentado después del intento de suicidio. Lleva dos años en el centro de acogida y ya empieza a pensar en proponer a la ONG nuevos proyectos para la acogida de víctimas.

El día está acabando y cada una, por su lado, regresa a casa.

La luna se refleja en los meandros del Tajo, el río que no divide la ciudad vieja, sino que la abraza y alimenta. Llega la noche y el centro se ilumina. La colina de Toledo se convierte en un bosque de luciérnagas que tejen las redes entre los diferentes barrios antiguos para que al día siguiente vuelvan a ser testigos de la convivencia en paz.